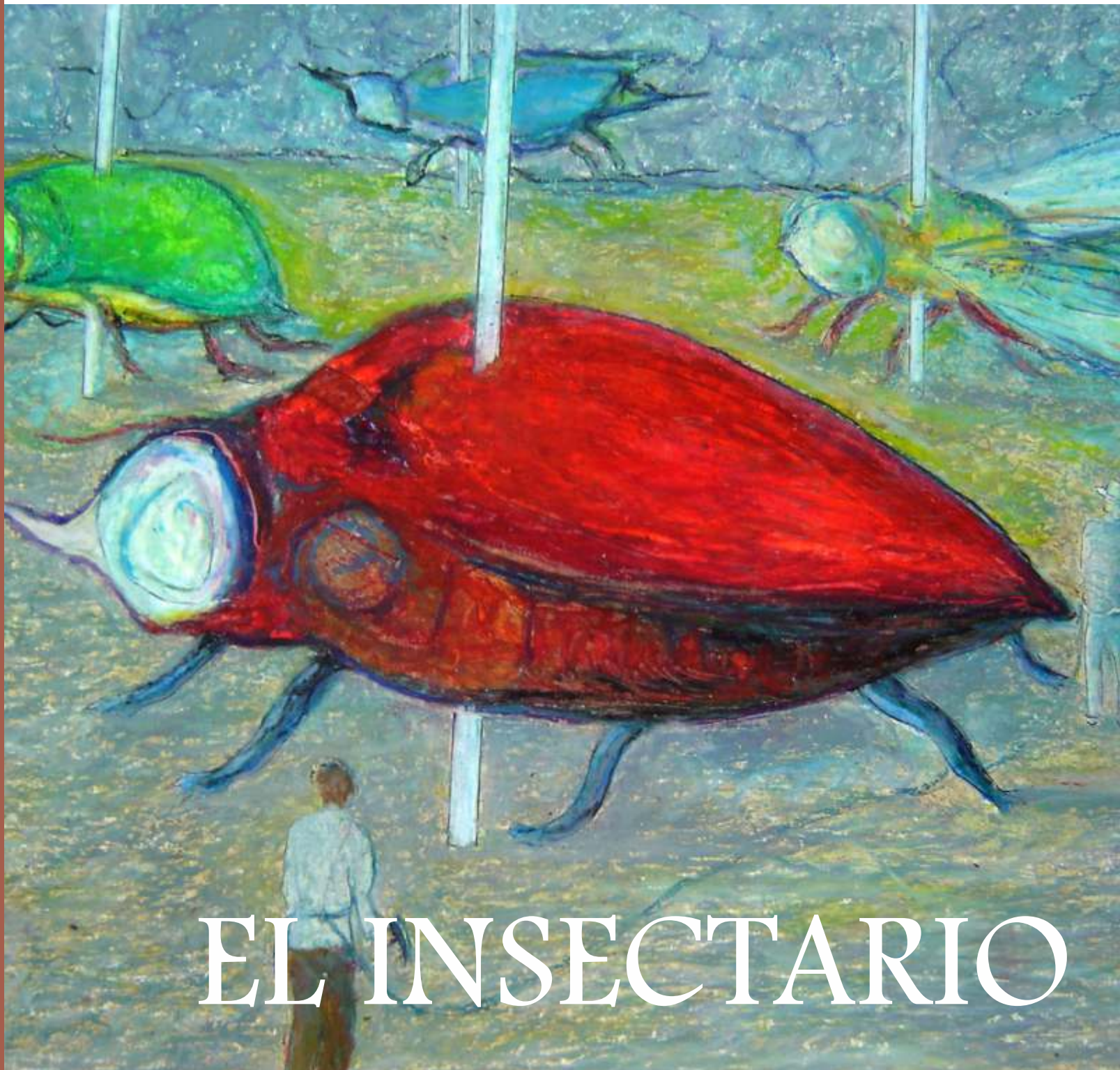


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL INSECTARIO

Fernando Olavarría Gabler

91



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.


Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL INSECTARIO

Fernando Olavarría Gabler

EL INSECTARIO

 Antes de escalar el Ojos del Salado, el volcán activo más alto del mundo, con 6.891 metros de altura, decidimos entrevistar al único sobreviviente de una expedición japonesa que trató infructuosamente de llegar a la cima cuatro años atrás. El único testigo de la catástrofe era el deportista Ando Hiroshige, famoso escalador de fama universal y ahora retirado.

Cometimos el error de no anunciar nuestra visita y llegamos de improviso a la casa del señor Hiroshige cuyo primoroso jardín nos dejó gratamente impresionados por su belleza. Dedujimos que el jardín era cuidado y mantenido por su propio dueño. En efecto, encontramos al dueño de casa con una camiseta de trabajo y una tijera podadora cortando las ramas de un arbusto plantado en un macetero oriental.

El encuentro sorpresivo en uno de los patios interiores del jardín no fue compatible con la extraña actitud de Hiroshige que simuló no vernos ni oírnos, y después de dejar la tijera podadora guardada en un cajón, pasó al lado nuestro, entró a las habitaciones interiores, se demoró un rato y luego se apareció ante nosotros con las manos lavadas y luciendo una lujosa tenida. Su actitud era ahora diametralmente opuesta ya que, después de hacer varias reverencias nos saludó afablemente a la europea con un efusivo apretón de manos. Sonriendo nos invitó a pasar al interior.

-Recibí vuestro mensaje por “e mail” y los esperaba mañana- nos dijo.

Días después, mientras comentábamos con Antonio el extraño recibimiento de Hiroshige, descubrimos, al repasar unos libros relacionados con la cultura nipona pertenecientes a Antonio, que, si un japonés es sorprendido en su hogar por una inesperada visita y no está vestido en forma correspondiente para recibirla, el sorprendido se hace el sordo, no ve a la visita y por lo tanto no la saluda porque no existe para él, hasta que va y se viste

con la ropa adecuada.

Después de una grata conversación llegamos al punto álgido de la entrevista. Cuál había sido la causa del fracaso de la expedición y si se habían cometido errores durante la escalada que nosotros pudiéramos omitir.

Hiroshige nos explicó que la ascensión al volcán era bastante fácil y que los últimos veinte metros de la cima eran de más trabajosa escalada. “Las fotografías aéreas que habíamos realizado antes de emprender nuestro ascenso, nos señalaba en el lado sureste que teníamos que pasar por el lado de un gran hueco en la roca que tenía una asombrosa configuración rectangular. Era una verdadera ventana. Nosotros queríamos escalar por la pared sureste y en eso estábamos, cuando vino un sorpresivo mal tiempo que nos cubrió de nieve. La ventisca extremadamente fuerte, de varios grados bajo cero que azotaba esos precipicios casi constantemente, nos impidió refugiarnos en carpas. Justamente cuando estábamos por alcanzar esta extraña formación geológica vino una avalancha de nieve que nos envolvió a todos y no supe más de mí. Desperté semienterrado en la nieve. La cuerda que me unía a mis camaradas se había roto. Se había desatado una terrible tempestad, y al cerciorarme de que estaba ileso, solamente con heridas contusas de poca gravedad, utilicé mi pala de alta montaña para cavar un foso en la nieve. Allí permanecí tres días sumido en la más terrible oscuridad y aislamiento. De vez en cuando perforaba la nieve recién caída para poder tener a futuro una salida y mantener un pequeño orificio de contacto con el exterior y así renovar el aire dentro de la fosa. Después de tres días mejoró el tiempo y pude salir de mi refugio bajo la nieve y descender a niveles inferiores. De mis compañeros nunca más tuve noticias de ellos...”

Hubo una pausa. Dedujimos que era necesario un constante y buen informe meteorológico durante todo el tiempo de nuestro trayecto.

EL INSECTARIO

Agradecemos estos datos y nos despedimos del escalador.

Antes de retirarnos, le pregunté si había algún parentesco de su familia con el famoso pintor que tenía su mismo apellido y su nombre, pintor que mucho influyó en otros artistas como Vincent Van Gogh, Paul Gauguin y demás.

Así es -me dijo. Era mi bisabuelo. Quizás por eso mismo yo fui montañista, para gozar de la belleza de las alturas y de los paisajes que pintaba mi antecesor.

Nos despedimos de este magnífico explorador y llegamos a la conclusión que escalar la cumbre por el sureste no era lo más conveniente, sin embargo, la extraña formación geológica denominada “la ventana”, era de gran atractivo, por su configuración y por el misterio que ella encerraba. Después de la entrevista con Hiroshige decidimos agregar a nuestro equipo de alta montaña, una pala plegable de aluminio y también aumentamos las porciones de chocolate, por si tuviéramos que mantenernos varios días bajo la nieve. Pensándolo mejor, nuestras medidas preventivas eran claramente irracionales, sin sentido común, pero nos daba un leve dejo de seguridad.

Cuando has pasado la noche colgando de una lona soportada por cables fijados por clavos en las rocas o ascendiendo metro a metro por una pared vertical que se pierde arriba en las nubes, te darás claramente cuenta de que el deporte de escalada de alta montaña, cuando se lleva a una exageración tan extrema, se entra a los lindes de la locura.

No deseaba en absoluto estar allí. La puna, el vértigo, la desorientación por la anoxia cerebral te impulsan a librarte de todo lo que te rodea y deseas fervientemente estar en la cama bien calentito, con tu perro regalón echado en

la alfombra y oyendo una agradable música clásica.

Habíamos pasado la noche con un frío de aproximadamente 21 grados bajo cero. Difícilmente podía mover los dedos de las manos para fijar los clavos en las grietas. Pero había que subir, subir a un lugar más seguro ya que se aproximaba una tempestad. Las nubes de los niveles inferiores estaban ascendiendo y la ventisca era cada vez más fuerte. De pronto, al mirar hacia arriba divisé la arista inferior de “la ventana” y las fuerzas renacieron en mis miembros. Le grité a Antonio, que trepaba en esos momentos algunos metros más abajo, pero una nube nos cubrió en esos instantes y el viento comenzó a aullar. Ráfagas de nieve me dejó casi ciego y con una porfía desmesurada continué escalando y colocando los clavos necesarios. Llegué exhausto al borde de la arista y ayudándome con el pico de alta montaña pude avanzar a una superficie plana y horizontal.

¡Estaba dentro de "la ventana"!

Era una caverna colosal. Alta y profunda, cuyos límites estaban cercados por la oscuridad.

Descansé un buen rato, exhausto, sentado en la lisa roca, con las rodillas junto a mi rostro y con las piernas abrazadas. Entonces me acordé de mi compañero. Me puse de pie sobresaltado y tiré de la cuerda que nos unía. En un principio pensé que se había cortado. Pero no. Estaba tensa y tiré con todas mis fuerzas de ella. Poco a poco la fui recogiendo hasta que apareció entre la niebla la figura de Antonio que trataba de aferrarse a la arista. ¡Usa la picota y trata de subir un pie! -le grité- mientras yo mantenía la cuerda tirante. Pero Antonio prácticamente estaba inválido. Así que, recogiendo lentamente la cuerda me fui aproximando a él corriendo el riesgo que mi compañero se resbalara y nos fuéramos ambos precipicio abajo. Finalmente, después de angustiosos momentos lo aferré de una mano y lo lancé hacia adentro. El

EL INSECTARIO

pobre presentaba signos de marcada hipotermia y luchando contra su involuntaria impavidez le di golpes de puño, lo empujé y lo obligué a caminar hacia el interior de la caverna. Una vez pasado el letargo comimos una barra de chocolate que llevábamos en el bolsillo.

Pronto nos repusimos del agotamiento y decidimos explorar la caverna. Con la ayuda de nuestras minúsculas linternas nos dirigimos al interior. A medida que nos desplazábamos, la caverna se hacía cada vez más amplia, tomando proporciones gigantescas. Nos llamó la atención cuatro inmensas columnas verticales de granito de unos veinte metros de altura que parecían sostener una enorme plataforma que daba la impresión de flotar en el aire. Nos dirigimos a la base de una de esas columnas. Mientras avanzábamos, divisamos unos bultos oscuros que estaban amontonados en el ángulo formado por el piso horizontal y la pared vertical de la caverna. Al aproximarnos para ver de qué se trataba esta visión descubrimos que dichos bultos eran seres humanos. Sus cadáveres momificados nos mostraron que eran los restos de la expedición japonesa que había desaparecido años atrás a la cual Ando Hiroshige había pertenecido. Dedujimos que los escaladores no habían sido sepultados por el alud sino que habían alcanzado a refugiarse en "la ventana" y posteriormente, por falta de protección y alimentos habían muerto de frío.

Sus cuerpos aún permanecían congelados sin presentar signos de putrefacción. Continuamos entristecidos nuestro andar y llegamos a la base de una de las columnas. Al constatar que su superficie era irregular se me ocurrió invitar a Antonio a escalarla ya que probablemente arriba estaríamos protegidos de las gélidas corrientes de aire que entraban sorpresivamente al interior de la caverna. Empezamos a trepar sin contratiempos ya que era fácil agarrarse a crestas y hendiduras que nos ofrecía la roca. Finalmente llegamos

a una extensa explanada relativamente lisa y horizontal. Pero tuvimos otra sorpresa más. Distinguimos que esta superficie horizontal estaba limitada por una muralla de unos diez metros de altura, su disposición también era rectangular y abarcaba la totalidad del terraplén. De una de las murallas se alzaba un techo o cornisa cuya posición era oblicua como una marquesina de estadio. Todo el conjunto semejaba una gran caja con su tapa a medio abrir. Después de todo el recorrido era imposible no entusiasmarnos en averiguar qué es lo que había detrás de esta misteriosa muralla, así que a los pocos minutos ya estábamos sobre la muralla. Cuando estábamos encaramados en su borde nuestros ojos contemplaron asombrados que en el interior de este espacio amurallado había un gran número de vehículos de extraña forma. Era una mezcla figurativa de automóviles, helicópteros y aviones. Poseían puertas, ventanas, parabrisas, alas, y en lugar de ruedas tenían un extraño tren de aterrizaje con seis patas articuladas que salían desde la base del fuselaje y llegaban oblicuamente al suelo. Todos estos “vehículos” estaban dispuestos ordenadamente y sujetos por un poste vertical que los atravesaba en el centro de la cabina y los mantenía suspendidos en el aire. La superficie de dichos “carros” era pulimentada, lisa y brillante y estaba pintada con llamativos colores donde predominaban el verde, el rojo, el azul y el negro. Los colores estaban mezclados en algunas zonas con delicadeza y armonía.

La parte delantera de estos extraños artefactos era similar a la cabeza de una libélula o a la cabina de un helicóptero. Me llamó la atención que algunos tenían alas similares a los aeroplanos antiguos, pero éstas eran de un material transparente cuya estructura interna era visible como en los insectos. No descubrí motor alguno ni hélice propulsora a pesar de observar a los vehículos en todos sus ángulos. De vez en cuando miraba hacia arriba para vigilar la inmensa marquesina que estaba sobre nosotros. Temía que todo esto fuese una

EL INSECTARIO



trampa gigantesca y que en un momento dado la tapa iba a caer sobre nuestras cabezas y quedaríamos encerrados dentro de esta gran caja pétrea, pero no divisé ninguna bisagra u otro mecanismo que facilitara el movimiento de caída de ese techo de roca que teníamos sobre nosotros.

Más tranquilo decidí explorar el interior de uno de estos artefactos. Antonio, un poco más allá, trataba de abrir la puerta de otro vehículo con alas en nada parecido al mío.

Al presionar un círculo de un color diferente al resto de la superficie, la puerta se corrió suavemente y entré. En el interior llamaba la atención la columna de metal pulido y brillante que atravesaba la cabina de arriba abajo. No había asientos y al avanzar hacia delante me encontré detrás de un “parabrisas” amplio y convexo como el de un helicóptero. Debajo de éste había un tablero con botones y semiesferas brillantes, sin números pero con imágenes indescifrables y misteriosas que no pude comprender. En el centro de este tablero vi un botón rojo que emitía una señal luminosa intermitente. Se me ocurrió presionar este botón y ¡sucedió algo terrorífico! La marquesina no cayó sobre nosotros pero se oyó un zumbido y del techo de la cabina se desplegaron dos alas del mismo color del vehículo que estaban sobrepuestas sobre la superficie del fuselaje del avión quedando perpendiculares a éste. Debajo de ellas aparecieron otras transparentes que se deslizaron en igual forma y se ubicaron al lado de las otras. Me di cuenta con gran desesperación de que me era imposible abrir la puerta por donde había entrado y al mismo tiempo constaté cómo la columna de acero se deslizaba suavemente hacia arriba hasta desaparecer en el techo de la cabina. Las alas transparentes empezaron a vibrar con un movimiento oscilatorio vertiginoso provocando un intenso ruido similar a un zumbido y al intensificarse provocó la levitación del aparato. El zumbido, al ser cada vez más agudo, terminó por desaparecer.

EL INSECTARIO

Entonces con gran angustia comprobé que el vehículo, ahora alado, se elevaba por los aires, sobrepasaba la muralla y salía a gran velocidad por "la ventana" hacia fuera. El artefacto se había transformado en una máquina voladora que navegaba a una extraordinaria velocidad por encima de las montañas hasta sobrepasar toda altura imaginada.

Al mirar hacia un costado divisé la cima del Ojos del Salado que se perdía allá abajo, empequeñecido, confundiéndose con una larga cadena montañosa.

Me llamó la atención, allá lejos, hacia el Este, algo que flotaba a la misma altura que yo y grande fue mi alegría al observar ese objeto que se aproximaba al mío, que se trataba del vehículo de alas transparentes en el cual Antonio -según mi última visión- trataba de abrir la puerta e introducirse en él. No me cabía la menor duda de que en esa otra máquina viajaba mi compañero de aventuras.

Volábamos en extrañas naves ingobernables... ¿Hacia dónde?

Dime lector(a) ¿a dónde nos dirigíamos?

¿En qué piensas? ¿Qué se te ocurre?

¿Volábamos sobre una gran metrópoli? ¿Sobre un vasto océano?
¿Sobre un interminable valle? Nada de eso.

Continuamos volando ¿hacia arriba? No sé. Lo que sí estaba seguro, es que nos desplazábamos a una velocidad vertiginosa y lo que nos rodeaba por todos lados era una luminosidad dorada que iba en aumento, hasta tal punto que encandilaba y terminaba por cegar. No sé cuanto duró todo esto porque me tendí en el piso de la nave y me cubrí la cara con los antebrazos.

De pronto el zumbido de las alas cesó. Alcé la cabeza y me levanté sigilosamente. Constaté que las naves estaban inmóviles. Afuera, los rayos ¿del Sol? Se reflejaban en figuras extrañas de intenso colorido. Me aproximé a

las ventanas de la nave y escudriñé el espacio exterior. A varias decenas de metros más allá divisé una estrambótica estructura semejante a una descomunal flor, como un girasol. Posada en su superficie y rodeada por un gigantesco rueda donde nacían magníficos pétalos, estaba la nave de Antonio. Vi como abría la puerta de la cabina y salía al exterior. Entonces me di cuenta de que yo también había aterrizado en una plataforma de aspecto floral pero de una forma y estructura diferente. Tuve la sensación que estaba en el centro de un enorme lirio cuyos pétalos eran de un suave color lila y la superficie oblicua y a veces vertical donde estaba, me impedía desplazarme por peligro de resbalar y caer a un abismo. Pero, fijándome mejor, un poco más allá divisé una superficie plana y fui tembloroso y casi gateando hacia ella. Pasado el susto me senté a descansar y a explorar con la vista todo a mi alrededor. Descubrí unos escalones que partían de la pequeña superficie horizontal y se transformaban en una escalera que bajaba en espiral. Con mucha precaución bajé hasta que llegué al “suelo.”

Me encontré con un bosque de columnas de diferentes diámetros que se perdían ramificándose hacia arriba. Otras llegaban a esas grandes plataformas donde habíamos aterrizado.

Oí que me llamaban y grande fue mi alegría al divisar a Antonio que se aproximaba hacia mí caminando entre las colosales columnas.

-¿Encontraste la escalera de caracol?-me preguntó.

-¡Qué extraño es todo esto!-comenté- ¿A dónde hemos llegado? ¿A un jardín gigantesco? Al parecer hemos aterrizado sobre unas flores. ¿Has pensado que hemos volado en extrañas naves que parecen insectos?

-Es verdad, y aún más. Las murallas que escalamos y que tenían la marquesina podrían ser una gran caja. Un insectario.

-Sí; y es por eso, ¿te fijaste? Que los insectos estaban atravesados por

EL INSECTARIO



un poste de acero vertical que... ¡podría ser un alfiler!- exclamó Antonio.

Federico. Hemos llegado dentro de unos insectos a un mundo desconocido.

-¡Y hemos aterrizado sobre unas gigantescas flores! Le respondí.

Dime. ¿Qué haremos ahora? Tengo miedo a lo desconocido- me confiesa Antonio-. ¿Nos guarecemos en el interior de las naves o decidimos explorar todo esto?

-¿Vamos!- repliqué-. ¡Exploremos todo esto; y si nos encontramos con algún peligro, nos defenderemos o morimos peleando como valientes!

-¡O huiremos! -me dijo Antonio con una pequeña sonrisa nerviosa en sus labios.

Cuando Antonio expresaba su filosofía ante el peligro, nos pareció que alguien se aproximaba hacia nosotros caminando por el frondoso bosque de tallos de flores. Pronto se hizo visible. Era un viejo, chico y barbudo que calzaba botas y llevaba sobre su cabeza un sombrero alón. En sus brazos portaba algo que no pudimos identificar en los primeros momentos y cuando el hombrecito estaba muy cerca, nos dimos cuenta de que llevaba un antiguo gramófono con su gran azucena amplificadora de sonidos.

¿Albricias!- nos saludó-, (pero extrañamente no oímos su voz).

-Mi nombre es 2440042 -dijo el viejo-, y he venido a encontrarme con ustedes por si saben arreglar y hacer funcionar esta antigua máquina.

Nuestro temor se había ido, sin embargo permanecíamos estáticos y asombrados. Nos acercamos con cautela y Antonio recibió el gramófono.

Al estudiarlo nos dimos cuenta de que no tenía manivela y no había disco alguno sobre la plataforma giratoria. Le explicamos esto al viejo y él nos respondió que lo acompañáramos adonde trabajaba para ver si había eso que nosotros habíamos mencionado.

EL INSECTARIO

Seguimos al anciano por el bosque de flores y llegamos a un inmenso edificio cuyas paredes eran transparentes. Entramos y nos encontramos con un maravilloso espectáculo de piezas antiguas de todo tipo, tan numerosas que se perdían a nuestra vista. Su variedad era inmensa. Había máquinas, utensilios de toda índole, palancas, relojes, carruajes, instrumentos musicales, motores, etcétera, etcétera. Todo lo que puedas imaginar. Era el museo de antigüedades más completo que jamás había visto. Incluso contemplamos pretéritas máquinas de Leonardo da Vinci. ¡Realmente asombroso!

Seguimos al viejo a una especie de bodega o taller de repuestos, todos perfectamente encasillados en meticoloso orden. Antonio (cuya profesión era ingeniero mecánico) estaba entusiasmado con lo que veía y sin vacilar se puso a escudriñar hasta que encontró una manivela. Más allá había un álbum con discos, sacó uno y lo instaló, le dio cuerda al gramófono y constató que la cuerda de acero no estaba cortada, y sacando una aguja de acero que estaba en un pequeño recipiente metálico que había cerca de la plataforma giratoria, la fijó en el extremo del fonocaptor mediante un pequeño perno. Colocó el extremo de la aguja cercana al borde del disco y el gramófono empezó a sonar. El viejo miraba toda esta manipulación con ojos de gran gozo e interés, no se perdía lo que hacía Antonio y parecía anotarlo en su memoria.

Escuchamos complacidos la melodía que salía por la azucena. Era una añosa canción que mi padre tocaba cuando yo era un niño de cuatro años. Su título era “Las Pelotas de Carey.”

Cuando terminó la canción, Antonio levantó el fonocaptor, lo giró hacia atrás, y mediante una pequeña palanca que sobresalía del porta disco frenó el lento andar del disco.

Atraídas por la música llegaron dos hermosas mujeres. Eran bastante altas, medían alrededor de dos metros y su físico era simplemente perfecto.

Sonrieron y nos felicitaron por haber puesto en función el antiguo gramófono. Pero no salían palabras de sus labios.

-¿No te has dado cuenta de que no emiten palabra alguna?- me dijo Antonio-. Sin embargo entendemos todo lo que nos dicen.

-Es una transmisión telepática- respondí. Fíjate también que en el mundo al cual hemos llegado, reina una luminosidad difusa, pero no veo sol alguno. Los tres personajes no tienen sombra y nosotros conservamos las nuestras.

-¿Cuál es el nombre de ustedes?- preguntó Antonio a una de las mujeres gigantes.

Una de ellas sonrió placenteramente y nos expresó que era 34250, y la otra agregó, yo soy 8787.

Nos miramos las caras y reímos.

-Al parecer, dijo bromeando Antonio, el sistema de patentes municipales está bien perfeccionado-, pero las mujeres no entendieron la frase y fruncieron el ceño.

Pasaron los días y Antonio continuó reparando y haciendo funcionar antiguas maquinarias en desuso. Estaba entusiasmadísimo. Yo, no tanto, pero le ayudaba y esto me distraía y eliminaba de mi mente sombríos pensamientos.

Cada cierto tiempo las mujeres nos traían en una especie de jarro, café con leche y un pan de forma helicoidal.

Pasaron los ¿días? ¿Podríamos decir eso? Porque no había noches, ni estrellas, ni Luna, ni Sol. Calculábamos los días por el calendario de nuestros relojes pulseras.

Cansados de esta alimentación que no variaba, les preguntamos a las dos damas si podrían darnos otro tipo de comida y ellas respondieron que

EL INSECTARIO

consultarían a su jefe. Pensamos que se presentaría el viejo enano del gramófono pero se apareció un apuesto joven, aún más alto que las dos mujeres. Pregunté por el viejo 2440042 y respondió que era él mismo. Nos explicó que al desconocer nuestra reacción defensiva, se había disfrazado de un enano pacífico para no alarmarnos.

-¡Es imposible!-respondí. Hay una gran diferencia de estatura. La respuesta fue que ellos podían cambiar de forma y estatura a entera voluntad.

Quedamos mudos de asombro. Después reaccionamos y solicitamos un variado menú de comida que tiempo después nos fue complacido si bien parcialmente.

Transcurrido un buen tiempo de trabajo en el museo, la amistad con las dos jóvenes había aumentado. Nuestra alimentación más completa y variada nos tenía bastante satisfechos (sin embargo nunca recibimos carne de animal). Percibí que Antonio, no solamente estaba entusiasmado con su trabajo y el cambio de alimentación, además se le veía muy afectuoso con su compañera. En otras palabras, me di cuenta de que la cortejaba. En una ocasión los encontré besándose. Antonio, hombre joven, profesional y soltero, no solamente se ocupaba en arreglar maquinarias abandonadas por el desgaste del tiempo.

En una ocasión, cuando reparábamos un refrigerador, llegaron hasta nosotros una gran cantidad de niños que se pusieron a observar lo que hacíamos mientras un adulto les transmitía algo que no entendíamos.

-¿No te da la impresión- me dijo Antonio- que están presenciando la escena en un zoológico donde dos animales homo sapiens están en una jaula reparando algo?

-En vez de estar reparando este refrigerador, mejor sería estar comiendo un buen asado de cordero- contesté.

-Siento que echas de menos tus costumbres terrestres- observó Antonio. No te veo feliz.

-Así es. Echo de menos a mi mujer y a mis pequeños hijos. Son amores lejanos que he perdido.

-Es algo similar a lo que le sucedió al músico Edvard Grieg. Estaba en el extranjero protegido por una noble mujer que le daba toda clase de facilidades para que el músico compusiera a su entero gusto, pero echaba de menos a su esposa y decidió volver a su patria, a Noruega, para encontrarse con su familia. A propósito, mira lo que he encontrado ¡un violín! ¿Qué te parece? Solamente le falta una cuerda.

-Me parece muy bien. Sé que eres un experto violinista. Espero que lo arregles y disfrutemos de lindas melodías. Recuerda que mis compositores favoritos son Händel y Vivaldi.

-Yo prefiero Paganini.

-Cualquiera, pero antes deja de reparar ese reloj y busca una cuerda apropiada para tu violín.

El hábil Antonio pudo encontrar un sustituto que reemplazó la cuerda ausente y nos deleitó con estupendas melodías del período Barroco. Realmente era un eximio violinista. Las dos mujeres estaban maravilladas y por primera vez las oímos reír de alegría.

Finalizado el concierto de música de cámara “para un solo violín arreglado como se pueda”, 8787 me tomó de la mano y me expresó: Sígueme; y elevándose por los aires la seguí estando fuertemente cogidos de las manos. Nos desplazamos por encima del bosque de flores gigantescas donde estaba el museo y llegamos a un inmenso valle surcado por numerosos ríos. Constaté que mi peso se había aligerado enormemente y ahora volaba tomado de la mano de 8787 flotando como una pluma o un globo de cumpleaños. Tan

EL INSECTARIO

liviano me sentía. Llegamos a la cima de una montaña y nos posamos en su cumbre.

-¿Cómo lo hiciste?- le pregunté ¿acaso también dominan la fuerza de gravedad?

Ella asintió sonriendo.

Deduje que esa singular cualidad podían transmitirla a los seres o cosas que tomaban contacto con ellos.

Divisé en el inmenso valle sin límites visibles, a numerosas y pequeñas ciudades cuyos edificios transparentes, sin ventanas, brillaban reflejando una luz difusa que no provenía de astro alguno y que iluminaba todo el valle.

No te cansaré lector (a) todo lo que vi en este fantástico vuelo donde visitamos maravillosas ciudades con edificios y puentes formidables y donde la gente transitaba, no en vehículos sino que ellos mismos se desplazaban por los aires. Volaban como insectos y caminaban por plazas y jardines grandiosos, realmente impresionantes.

No vi ningún edificio público, ni fábricas, ni hospitales, ni escuelas ni estadios. Nada de eso. Tuve la impresión que los habitantes se complacían en actividades simplemente deliciosas. Los niños jugaban, las mujeres los acompañaban. A veces una de ellas se aproximaba a una planta florida para contemplar su belleza y aspirar su perfume. Los hombres viajaban a mayor velocidad y se perdían de vista en el horizonte. ¿A dónde iban?

Terminó nuestro recorrido y volvimos al museo. Allí me esperaba un plato de tallarines sin sal, sin salsa de tomates, sin aceite de oliva, y sin queso rayado.

Estaba molesto.

Le manifesté mi tedio a 8787 y ella me expresó que mis emociones y sentimientos los había captado desde un buen tiempo. También me dijo que yo

deseaba regresar a mi hogar y eso era posible cuando lo decidiera.

Le comuniqué mis inquietudes a Antonio y él me dijo que estaba resuelto a quedarse. Nos despedimos con un fuerte abrazo y entré al vehículo volador con aspecto de escarabajo.

-¡Adiós 8787! ¡Adiós Antonio! ¡Adiós 34250! Me despedí saludando con la mano en alto. El rostro sonriente de 8787 se veía más hermoso que nunca y sus bellos ojos estaban húmedos de lágrimas.

Por un mecanismo sofisticado de la nave voladora me quedé súbitamente dormido cuando los motores empezaron a vibrar.

Desperté sobre la plataforma de la gruta de "la ventana" cuando el escarabajo estaba detenido y sus puertas se estaban abriendo suave y silenciosamente. El vehículo estaba rodeado de las otras naves voladoras, todas ellas atravesadas por los postes de acero que los fijaban a la superficie de la plataforma, me aproximé al borde de ésta y bajé con cautela una de las altas columnas. Pasé al lado de los montañistas congelados de la expedición japonesa y me asomé al exterior. Era una mañana estupenda. El cielo estaba despejado, sin una nube, y el Sol brillaba en el cenit invitándome a salir. Todo apto para efectuar el descenso. En dos días más estaría abrazando a mi mujer y besando a mis pequeños hijos

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.